

EL NUEVO LIBRO DEL CREADOR DE 2.001

ARTHUR C.
CLARKE

Luz de
Otros Días

STEPHEN
BAXTER

Arthur C. Clarke, autor ganador del premio Nebula, el Hugo y el J. W. Campbell

Stephen Baxter, autor ganador del premio Philip K. Dick, el British SF y el J. W. Campbell

Una colaboración sin precedentes entre uno de los más grandes escritores de ciencia ficción del siglo XX y otro que lo será del XXI

Luz de otros días cuenta la historia de lo que sucede cuando un brillante industrial aprovecha los beneficios de la física cuántica. Así consigue que cualquier persona pueda ver lo que hace otra desde cualquier sitio en cualquier situación. Las esquinas y paredes ya no son barreras, todo momento de la existencia por muy privado o íntimo que sea queda expuesto a los demás.

Esta nueva tecnología supone la súbita abolición de la intimidad humana... para siempre. Mientras que los hombres y mujeres afrontan el trauma de la nueva situación, esta misma tecnología demostrará ser capaz de mirar también en el pasado. Nada puede prepararnos para lo que vendrá después: el descubrimiento de lo que hay de verdad y mentira a lo largo de los miles de años de historia humana tal y como la conocíamos.

Como consecuencia de este saber, los gobiernos son derribados, las religiones caen, las bases de la sociedad humana tiemblan desde su propia raíz. Marca un cambio fundamental en la condición humana provocando la desesperación, el caos, y quizás, también la oportunidad de trascender como raza.

Luz de otros días es un tour de force, un evento para el próximo milenio y una narración que no olvidarás.

A Bob Shaw

¿No es posible —me pregunto a menudo— que cosas que hemos sentido con gran intensidad tengan una experiencia independiente de nuestras mentes, de hecho existan todavía? Y si es así, ¿no será posible, a su debido tiempo, que se invente algún dispositivo mediante el cual podamos acceder a ellas?... En vez de recordar aquí una escena y ahí un sonido, encajaré una conexión en la pared; y escucharé el pasado...

— VIRGINIA WOOLF (1882-1941)

Prólogo

Bobby podía ver la Tierra, completa y serena, dentro de su jaula de plateada luz.

Dedos verdes y azules se adentraban en los nuevos desiertos de Asia y del Medio Oeste norteamericano. Los arrecifes artificiales brillaban en el Caribe, azul pálido contra el más profundo del océano. Grandes y espigadas máquinas trabajaban en los polos para reparar la atmósfera. El aire era tan claro como el cristal, porque ahora la humanidad extraía su energía del núcleo de la propia Tierra.

Y Bobby sabía que si quería, con un mero esfuerzo de voluntad, podía mirar hacia atrás en el tiempo.

Podía contemplar el florecer de las ciudades en la paciente superficie de la Tierra, hasta verlas disminuir y desaparecer como rojizo rocío. Podía ver las especies marchitarse y retrotraerse como hojas enrollándose dentro de sus yemas. Podía contemplar la lenta danza de los continentes a medida que la Tierra reunía su calor primordial y lo acumulaba en su corazón de hierro. El presente era una resplandeciente burbuja en expansión de vida y consciencia, con el pasado encerrado dentro, atrapado inmóvil como un insecto en ámbar.

Durante largo tiempo, en aquella rica y creciente Tierra, empapada en conocimiento, una humanidad intensificada había permanecido en paz; una paz inimaginable cuando nació.

Y todo esto había derivado de la ambición de un hombre..., un hombre venal, imperfecto, un hombre que nunca

había llegado a comprender hasta dónde le conducirían sus sueños.

Qué notable, pensó.

Bobby miró a su pasado, y a su corazón.

Uno

La pecera de peces de colores

Nosotros..., sabemos lo cruel que es a menudo la verdad, y nos preguntamos si el engaño no es más consolador.

—Henri Poincaré (1854-1912)

1

El mecanismo Casimir

Poco después de amanecer, Vitali Keldish subió envaradamente a su coche, puso en marcha la Conducción Automática, y dejó que el coche lo alejara del decrepito hotel.

Las calles de Leninsk estaban vacías, el asfalto cuarteado, muchas ventanas tapiadas con tablas. Recordaba cómo había sido aquel lugar en su momento de máximo esplendor, en los años 1970 quizá: una concurrida ciudad científica con una población de decenas de miles de personas, con escuelas, cines, una piscina, un estadio, cafés, restaurantes y hoteles, incluso su propia emisora de televisión.

Sin embargo, cuando pasó la puerta principal en la parte norte de la ciudad, ahí estaba todavía el viejo indicador azul con su flecha blanca señalando: A BAIKONUR, proclamando aún aquel antiguo nombre engañoso. Y allí, en el vacío corazón de Asia, los ingenieros rusos todavía construían naves espaciales y las lanzaban al cielo.

Pero, reflexionó tristemente, no por mucho más tiempo.

El sol se alzó al fin y barrió las estrellas: todas menos una, vio, la más brillante de todas. Avanzaba a una velocidad pausada pero innatural, cruzando el cielo meridional. Era la ruina de la Estación Espacial Internacional: nunca completada, abandonada el 2010, después del accidente de la vieja Lanzadera Espacial. Pero la Estación todavía seguía girando alrededor de la Tierra, un invitado no bienvenido a una fiesta terminada hacía mucho.

El paisaje más allá de la ciudad era desolado. Pasó junto a un camello erguido pacientemente a un lado de la carre-

tera, con una mujer marchita a su lado, vestida con harapos. Era una escena que hubiera podido encontrar en cualquier momento en los últimos mil años, pensó, como si todos los grandes cambios, políticos y técnicos y sociales, que habían barrido aquellas tierras no hubieran servido para nada. Lo cual quizás era la realidad.

Pero a la creciente luz del sol de aquel naciente día, la estepa era verde y estaba sembrada de brillantes flores amarillas. Bajó su ventanilla e intentó detectar la fragancia de la pradera que tan bien recordaba; pero su nariz, arruinada por toda una vida de tabaco, le falló. Sintió una punzada de tristeza, como siempre le ocurría en aquella época del año. Las hierbas y las flores desaparecerían pronto: la primavera de la estepa era breve, tan trágicamente breve como la propia vida.

Alcanzó la cordillera.

Era un lugar de torres de acero apuntando al cielo, de enormes montículos de cemento. El cosmódromo —mucho más enorme que sus competidores occidentales— cubría miles de kilómetros cuadrados de esta tierra vacía. Buena parte de él estaba ahora abandonado, por supuesto, y las grandes estructuras de lanzamiento se estaban oxidando lentamente en el seco aire, o habían sido desmanteladas para chatarra..., con o sin el consentimiento de las autoridades.

Pero esta mañana había mucha actividad alrededor de una plataforma. Pudo ver técnicos con sus trajes protectores y sus sombreros naranjas yendo y viniendo alrededor de la gran estructura, como adoradores a los pies de algún inmenso dios.

Una voz flotó por encima de la estepa desde el altavoz de una torre. *Gotovnosti dīesiat minut*. Diez minutos y contando.

La caminata desde el coche hasta el estrado, aunque corto, lo agotó. Intentó ignorar el martilleo de su recalciante corazón, el gotear del sudor en su cuello y frente, sus

jadeos, el rígido dolor que se había apoderado de su brazo y cuello.

Cuando ocupó su lugar los que ya estaban allí lo saludaron. Estaban los hombres y mujeres corpulentos y satisfechos de sí mismos que, en esta nueva Rusia, se movían sin problemas tanto entre las autoridades legítimas como en el lodoso submundo; y estaban los jóvenes técnicos, con sus rostros de rata como todas las nuevas generaciones a causa del hambre que había assolado el país desde la caída de la Unión Soviética.

Aceptó sus saludos, pero se sintió feliz de hundirse en un aislado anonimato. A los hombres y mujeres de este duro futuro no les importaba para nada ni él ni sus recuerdos de un pasado mejor.

Y tampoco les importaba mucho lo que estaba a punto de ocurrir allí. Todos sus chismorreos se dedicaban a acontecimientos muy lejanos: a Hiram Patterson y sus agujeros de gusano, su promesa de convertir la Tierra en algo tan transparente como el cristal.

Era muy evidente para Vitali que era la persona más anciana allí. El último superviviente de los viejos días, quizá. Ese pensamiento le produjo un cierto placer agrio.

De hecho, habían transcurrido casi exactamente setenta años desde el lanzamiento del primer *Molniya* —“rayo”— en 1965. Hubieran podido ser sesenta días, tan vívidos eran los acontecimientos en la mente de Vitali, cuando el joven ejército de científicos, ingenieros de cohetes, técnicos, obreros, cocineros, carpinteros y albañiles habían acudido a aquella desolada estepa y —viviendo en chozas y tiendas, asándose y congelándose alternativamente, armados con poco más que su dedicación y el genio de Korolev— habían construido y lanzado las primeras naves especiales de la humanidad.

El diseño de los satélites *Molniya* había sido absolutamente ingenioso. Los grandes impulsores de Korolev eran incapaces de lanzar un satélite hasta la órbita geosincrónica

ca, ese alto radio donde la estación flotaría por encima de un punto fijo sobre la superficie de la Tierra. Así que Korolev lanzó sus satélites en trayectorias elípticas de ocho horas. Con tales órbitas, cuidadosamente escogidas, tres *Molnias* podían proporcionar cobertura a la mayor parte de la Unión Soviética. Durante décadas la U. R. S. S. y luego Rusia habían mantenido constelaciones de *Molnias* en sus órbitas excéntricas, proporcionando al gran y extenso país una esencial unidad social y económica.

Vitali consideraba los satélites de comunicaciones *Molniya* como el mayor logro de Korolev, superando incluso los logros de Designer de lanzar robots y seres humanos al espacio, alcanzando Marte y Venus, incluso —tan cerca— batiendo a los americanos en la carrera a la Luna.

Pero ahora, quizá, la necesidad de esos maravillosos pájaros estaba muriendo al fin.

La gran torre de lanzamiento retrocedió rodando, y los últimos cordones umbilicales de energía cayeron, agitándose lentamente como gordas serpientes negras. La esbelta forma del impulsor quedó revelada, una aguja con su barroco ahusamiento típico de los antiguos, maravillosos, absolutamente fiables diseños de Korolev. Aunque el sol estaba ahora alto en el cielo, el cohete estaba bañado por una brillante luz artificial, envuelto en vapor exhalado por la masa de combustibles criogénicos en sus tanques.

Tri. Dva. Odin. ¡Zashiganiye!

Ignición...

Mientras se acercaba al complejo de NuestroMundo, Kate Manzoni se preguntó si no habría conseguido llegar con un poco más de retraso del que estaba de moda a aquel acontecimiento espectacular, tan brillantemente estaba pintado el cielo del estado de Washington por el espectáculo de luz de Hiram Patterson.

Pequeños aviones se entrecruzaban en el cielo, manteniendo una capa de (sin duda medioambientalmente inocuo) polvo sobre el cual los láseres pintaban imágenes virtuales de una Tierra que daba vueltas sobre sí misma. Cada pocos segundos el globo se volvía transparente, para revelar el familiar logotipo de la compañía NuestroMundo encajado en su núcleo. Todo era vulgarmente chillón, por supuesto, y sólo servía para oscurecer la auténtica belleza del alto y límpido cielo nocturno.

Opacificó el techo del coche y descubrió que sus ojos estaban llenos todavía de imágenes residuales.

Un zángano flotó fuera del coche. Era otro globo de la Tierra que giraba lentamente, y cuando habló su voz era suave, absolutamente sintética, desprovista de emoción.

—Por aquí, señorita Manzoni.

—Sólo un momento —susurró—. Mecanismo de Búsqueda. Espejo.

Una imagen de sí misma cristalizó en el centro de su campo de visión, cubriendo desconcertantemente al gigante zángano. Comprobó su vestido por delante y por detrás, conectó los tatuajes programables que adornaban sus hombros, y metió los mechones rebeldes de su negro pelo allá donde debían estar. La imagen de sí misma, sintetizada por las cámaras del coche y transmitida a sus implantes retinales, era un poco granulosa y propensa a descomponerse en sus bloques de pixels si se movía demasiado rápidamente, pero eso era una limitación de la anticuada tecnología de su implante de los órganos de los sentidos que estaba dispuesta a aceptar. Mejor sufrir un poco de borrosidad que dejar que algún cirujano de torpe mano de la tecnología aumentativa CNS abriera su cráneo.

Cuando estuvo lista anuló la imagen y salió del coche, tan graciosamente como pudo en su ridículamente ajustado y poco práctico vestido.

El complejo de NuestroMundo resultó ser una alfombra de precisos cuadrados de hierba separando los edificios de

tres plantas de las oficinas, rechonchas cajas de cristal azul sostenidas por delgados tirantes de hormigón reforzado. Era feo y exótico, muy a la moda empresarial de los 1990. La planta baja de cada edificio era un aparcamiento abierto, en uno de los cuales se aparcó por sí mismo su coche.

Se unió a un río de gente que fluía a la cafetería del complejo, con los zánganos bamboleándose sobre sus cabezas.

La cafetería era todo un espectáculo, un sorprendente cilindro de cristal a varios niveles construido alrededor de un trozo del Muro de Berlín repleto de graffiti. Sorprendentemente, un arroyo atravesaba directamente el centro de la sala, con pequeños puentes de piedra cruzándolo. Esta noche quizás un millar de invitados se apretujaban sobre el cristalino suelo, con grupos juntándose y dispersándose y una nube de conversaciones burbujeando en ellos.

Varias cabezas se volvieron hacia ella, algunas reconociéndola, algunas —masculinas y femeninas— evaluándola con franco cálculo lujurioso.

Recorrió rostro tras rostro, y repetidos shocks de reconocimiento la sobresaltaron. Había presidentes, dictadores, realeza, potencias industriales y financieras, y la habitual dispersión de celebridades del cine y de la música y de las demás artes. No divisó a la presidenta Juárez en persona, pero sí a varios miembros de su gabinete. Hiram había reunido a una auténtica multitud para su último espectáculo, le concedió.

Por supuesto, sabía que ella no estaba aquí únicamente por su brillante talento periodístico o por sus habilidades conversadoras, sino por su combinación de belleza y la celebridad menor que había seguido a su revelación del descubrimiento del Ajenjo. Pero ése era un ángulo que se había sentido feliz de explotar desde su gran éxito.

Los zánganos flotaban por encima de las cabezas, llevando canapés y bebidas. Aceptó un cóctel. Algunos de los zánganos llevaban imágenes de uno u otro de los canales

de Hiram. En su mayoría las imágenes eran ignoradas en la excitación, incluso las más espectaculares —había una, por ejemplo, que mostraba la imagen de un cohete espacial a punto de ser lanzado, evidentemente desde alguna polvorienta estepa en Asia—, pero no podía negar que el efecto acumulativo de toda esa tecnología era impresionante, como si reforzara el famoso alarde de Hiram de que la misión de NuestroMundo era informar a todo un planeta.

Gravitó hacia una de las más grandes acumulaciones de personas que estaban cerca, intentando ver quién, o qué, era el centro de la atención. Descubrió a un joven delgado de pelo negro, con un bigote de morsa y gafas redondas, que llevaba un más bien absurdo uniforme de soldado de pantomima de color verde lima brillante con cordoncillo escarlata. Parecía estar sujetando un instrumento musical de latón, quizás una tuba tenor. Lo reconoció de inmediato, por supuesto, y tan pronto como lo hizo perdió interés. Sólo un virtual. Empezó a observar a la multitud a su alrededor, comprobando su infantil fascinación hacia este simulacro de una santificada celebridad muerta hacía mucho tiempo.

Un hombre ya maduro la estaba contemplando demasiado atentamente. Sus ojos eran extraños, de un color gris innaturalmente pálido. Se preguntó si no estaría en posesión de la nueva gama de implantes retinales que se rumoreaba —operando a longitudes de onda milimétricas, a las cuales los textiles eran transparentes, y con un poco de sutil intensificación de imagen— permitían al sujeto ver a través de la ropa. Dio un paso tentativo hacia ella, y sus ayudas ortóticas, su invisible máquina de caminar, zumbaron rígidamente.

Kate se dio la vuelta y se alejó.

—... es sólo un virtual, me temo. Nuestro joven sargento de ahí, quiero decir. Como sus tres compañeros, que se hallan dispersos por la sala. Ni siquiera el poder de mi pa-

dre se extiende todavía a resucitar a los muertos. Pero por supuesto usted ya lo sabía.

La voz en su oído la sobresaltó. Se volvió, y se encontró mirando al rostro de un hombre joven: quizá veinticinco años, pelo negro azabache, una orgullosa nariz romana, una barbilla con un hoyuelo arrebatador. La mezcla de antepasados quedaba reflejada en el tostado pálido de su piel, las densas cejas negras sobre unos ojos sorprendentemente azules. Pero su mirada vagaba inquieta, incluso en esos primeros momentos de su encuentro, como si tuviera problemas en mantener el contacto visual.

—Me está usted mirando —dijo.

Ella se puso a la defensiva.

—Bueno, usted me sobresaltó. De todos modos, sé quien es. —Era Bobby Patterson, el hijo único y heredero de Hiram..., y un notable depredador sexual. Se preguntó cuántas otras mujeres no acompañadas había tomado como blanco aquella noche.

—Y yo la conozco a usted, señorita Manzoni. ¿O puedo llamarla Kate?

—Puede. Yo llamo a su padre Hiram, como todo el mundo, aunque nunca lo he conocido personalmente.

—¿Quiere conocerle? Puedo arreglarlo.

—Estoy segura de que puede.

Ahora la estudió un poco más de cerca, gozando evidentemente con el gentil duelo verbal.

—¿Sabe?, hubiera podido adivinar que era usted periodista..., escritora al menos. La forma en que observaba a la gente reaccionar al virtual, antes que al propio virtual... Vi sus artículos sobre el Ajenjo, por supuesto. Causó una auténtica sensación.

—No tanto como el fenómeno auténtico que golpeará el Pacífico el 27 de mayo del 2534 d. C.

Él sonrió, y sus dientes eran como ristras de perlas.

—Me intriga usted, Kate Manzoni —dijo—. En estos momentos está accediendo usted al Mecanismo de Bús-

queda, ¿verdad? Le está preguntando acerca de mí.

—No. —Se sintió irritada por la sugerencia—. Soy periodista. No necesito ninguna muleta para la memoria.

—Yo sí, evidentemente. Recuerdo su rostro, su historia, pero no su nombre. ¿Se siente ofendida?

Ella se encrespó.

—¿Por qué debería? De hecho...

—De hecho, huelo una cierta química sexual en el aire. ¿Estoy en lo cierto?

Un pesado brazo rodeó su hombro, notó un poderoso aroma a colonia barata. Era Hiram Patterson en persona: uno de los hombres más famosos del planeta.

Bobby sonrió y, suavemente, retiró el brazo de su padre del hombro de ella.

—Papá, estás siendo embarazoso de nuevo.

—Oh, olvídale. La vida es demasiado corta, ¿no? —El acento de Hiram mostraba fuertes huellas de sus orígenes, las largas vocales nasales de Norfolk, Inglaterra. Era muy parecido a su hijo, pero de piel más oscura, calvo, con una orla de cerdoso pelo negro alrededor de la cabeza; sus ojos eran de un intenso azul sobre la prominente nariz familiar, y sonreía fácilmente, mostrando unos dientes manchados por la nicotina. Parecía enérgico, más joven que su edad, a punto de cumplir los setenta—. Señorita Manzoni, soy un gran admirador de su trabajo. Y permítame decirle que luce usted espectacular.

—Lo cual sin duda es el motivo de que esté aquí.

Él se echó a reír, complacido.

—Bueno, eso también. Pero deseaba asegurarme de que hubiera una persona inteligente entre los políticos con viento en la cabeza y las preciosidades vacías que atestán estos acontecimientos. Alguien que fuera capaz de registrar este momento histórico.

—Me siento halagada.

—No, no es cierto —dijo Hiram bruscamente—. Está siendo irónica. Ha oído rumores acerca de lo que voy a co-